

# happy hippie

*El espíritu de los '60 volvió al futuro:  
pintadas poéticas, economía solidaria, crianza en tribu.*

**PAZ Y AMOR MODERNOS.**

*Es el tiempo de activistas híbridos, gente común que se ANIMA  
AL CAMBIO sin excusas.*

*En la causa no dejan la vida;  
al contrario, la recuperan.*

Las grandes luchas pueden librarse desde una baldosa", es la conclusión de los hijos y nietos del viaje hacia el ego y el individualismo emprendido en los últimos cincuenta años. Sus abuelos activistas se agrupaban alrededor de un manifiesto y salían juntos a tomar la calle dejando de lado la cuestión personal.

La idea, un mañana mejor.

Pero ahora también cuenta el cómo-me-siento-yo: alguien que está triste y sale a pintar las paredes con frases que le devuelven el alma al barrio. Un primer hijo, un paseo en bici y una nueva sensibilidad que devela una

ciudad sin árboles. Una estudiante de química que pega un volantazo después de ver un documental y termina embarcada por la paz ¡con 800 japoneses!

"En los '60 la lucha era sinónimo de sacrificio—entiende el filósofo Leopoldo Kohon—. Lo que se hacía, se hacía por los otros y por el futuro. Lo que importaba era trascender y ser útiles en la historia." En su consultorio de filosofía práctica, la gente se acerca con la intención de reformular esos objetivos de vida que hasta hace una década aparecían por default: "Cada vez son más los que sienten que la felicidad no está en el poder ni en el Mercedes. Que en el

trabajo es más importante el cómo la paso que el cuánto me pagan, y que el goce está en la serenidad y en lograr habitar el tiempo de una manera distinta".

Hubo épocas en las que el activismo era un acto simbólico y colectivo; ya no. Brota como un malestar individual y florece en comunidad. "Se plantea en luchas concretas, ideales que tienen una implicación personal fuerte y suelen ser individuales", compara Ana Miranda, socióloga de FLACSO. En el proceso hacia el ombligo, también se abandonó la idea de la uniformidad. "Antes, si eras hippie, todo en tu vida era hippie: la ropa, la música y las ideas. Lo mismo si eras punk o fascista porque se trataba de una identidad completa", explica Miranda.

Las similitudes hacían de puente entre unos y otros embarcados por la misma causa.

En cambio, hoy cada uno elige su woodstock.

"La subjetividad tomó más relevancia que los asuntos públicos—agrega—. Y en las personas conviven ideas que en otra época se hubieran considerado opuestas." Fruto de los primeros insurrectos nacieron los híbridos: diseñadores-horticultores, administrativas-poetas y jefas que crían

hijos en tribu. La reina de este universo es la diversidad.

De los hippies de los '60, heredaron sólo el espíritu. "Irse a vivir al medio de la nada no es ninguna solución", relata Andrea (37) desde su minisuclo PH en Palermo. Después de una crisis existencial postítulo, se replanteó nada menos que el rumbo al que se dirigía el mundo y sintió, con ojos tristes, que nadie hacía nada. En vez de convertirse en una outsider o entregarse al lado oscuro de las urbes volviéndose otra mala cara en el colectivo 36, eligió renovar sus votos de amor al Planeta empezando una especialización en la UBA. "La arquitectura sustentable va a ser mi pequeña revolución", asegura mientras planea sumar un techo verde a su casa. "Ya existe una ley para impulsarlos. Además de favorecer el ahorro de energía, son baratos y ayudan a frenar las inundaciones."

## LA ESTRATEGIA DE LA ALEGRÍA

La búsqueda de paz interior puede ser el móvil. "Debes convertirte en el cambio que deseas ver en el mundo", había propuesto Gandhi mucho antes de los primeros hippie. La pista se perdió en medio de la música de Janis ■■■

## EN UN BARCO CON 800 JAPONESES

"Ver un documental sobre la industria de los alimentos me hizo cambiar de carrera. Conocer el trasfondo me abrió la cabeza, y me pasé de bioquímica a agronomía. Ese cambio me llevó a hacer otros. Por una pasantía me uní a Amigos de la Tierra y hasta me embarqué en un crucero por la paz. ¡Éramos cuatro estudiantes



latinos dando la vuelta al continente con 800 japoneses! Mientras viajaba, hice presentaciones sobre energía nuclear, soberanía alimentaria, matriz energética y tradiciones patagónicas. Tenían que ver con las realidades socioambientales de cada puerto. La gente viaja en el Peace Boat con la intención de conocer las problemáticas del resto del mundo. En Río no van a la playa, ¡van a las favelas! Durante ese mes viví un torbellino de emociones. Aprender japonés, comer con palitos o verlos soplar por la bombilla del mate. Estoy convencida de que las soluciones globales no existen. El gran poder está en nuestras acciones personales y en el intercambio. Algunos amigos me dicen ¿para qué vas a hacer tal cosa si las empresas son más poderosas? Creen que es imposible, y yo les doy pruebas de que no."

*Florencia (25), estudiante de agronomía, integrante de la ONG Amigos de la Tierra.*

testimonios

■■■ Joplin y la vida en comunidad. Después llegaron los '90, el shopping y ese huequito que queda en el alma cuando se pasan muchos años sin verle la cara al sol.

"Fueron casi tres siglos de un mundo industrial y productivista que utilizó la naturaleza para beneficio del hombre –repara Kohon–. Hoy, cumplidos algunos objetivos económicos, lo que encontramos es un sinsentido del consumo desaforado, una necesidad de amigarse y aliarse con el planeta, con las demás personas y hasta con una."

Es la primera vez en la historia que se intenta un cambio de chiquito a grande y de abajo hacia arriba. No hay tiempo para la simbología del flower power ¡le hicimos un agujero a la capa de ozono! "Las nuevas formas de participación son puntuales, realistas y muy palpables –advierte Miranda desde la sociología–. No se proponen una revolución contracultural sino ideales más cercanos."

Los éxitos a gran escala de esta nueva modalidad de transformación pueden verse en la desesperación de algunos grandes íconos del consumo, inventando maneras de subirse a este tren. El rojo de la gaseosa que se hace verde o la empresa de celular que se alía con la amistad.

## DE DONDE VIENEN LOS REPOLLOS

"La planta de lechuga da flores ¿sabías?", se escucha de voz de Johana (30), diseñadora y dueña de un microemprendimiento de salsas y aderezos. Viajó por el mundo, vivió en Nueva York y ahora se instaló en Palermo. El campo está lejos para ir en bici y por eso, junto a tres compañeros de la vida, fundaron El brote urbano, una agrupación sin fines de lucro que enseña a

cultivar alimentos en cualquier rinconcito de la ciudad y también de un departamento. "Nuestra primera cosecha fueron unos rabanitos que así como los sacamos de la tierra los empezamos a comer. Mordimos directo, como si se tratase de una manzana, y un segundo después teníamos cara de asco. Eran picantes. Cuando probás algo orgánico, ¡el sabor es como el de antes!" Johana es "la chica de la huerta" de su edificio, donde armó una. Todo el edificio la conoce y la señora del último piso se ofrece a regarla de vez en cuando.

La flor de la lechuga es sólo uno de los misterios que habita detrás de las góndolas, advierte Juan Cruz Zorzoli, director para el Mercosur del ICEI (Instituto de Cooperación Económica Internacional). "No percibimos las partes de la cadena de producción, que es enorme, ni el impacto que pueden tener aun después del consumo." ¿Será mi paquete de azúcar cómplice del trabajo esclavo? ¿Mi mate tendrá agrotóxicos? ¿Qué pasará después con este envase? No conformarse con la bolsita reutilizable también es un paso hacia el cambio. Desde el ICEI promueven el funcionamiento del Mercado de Bonpland, esa grata experiencia de comercio justo fundada allá por la crisis de diciembre de 2001. "Ahí nos dimos cuenta de la necesidad de juntarse, de encontrar otras herramientas que pueden no ser perfectas pero que se presentan como alternativa para explorar otros caminos."

El "te quiero como sos" y el "qué se le va a hacer" no tienen más cabida. La posibilidad de cambiar algo se despliega como un arco iris de paz y amor al estilo veinte-trece. □ **MARIANELA FEJOO**

testimonios



## "DESDE LOS AUTOS ME TOCAN BOCINA"

"Descubrí Acción poética en Internet. Era diciembre, y se me venían encima las primeras fiestas sin mi papá. Me acerqué un sábado y no me fui más. Trabajo en un juzgado; mis compañeros son abogados. Están en otra onda, pero cuando pedimos ayuda para comprar pinturas ¡son los primeros en colaborar! Parece algo chiquito, pero lo que genera es grande. La gente nos saca fotos, nos toca bocina o nos convida mate. Si hay una frase que quieren en su barrio, nos la piden. Pintamos en casas, escuelas, barrios ricos, barrios pobres. También se integraron mis dos hijos, nos unió mucho como familia. El menor tiene 16, es discapacitado y su motricidad no le permite pintar. Entonces lo nombraron musicalizador. En las fotos aparece contento, bailando... Antes vivía cambiándolo de escuela. A mis vecinos los conocí así. Ahora sé que la señora de la esquina es una pedicura divina que una vez salió en la tele. Ella también está contenta, dice que la convertimos en una esquina turística. Los sábados empezamos a las 9 y no paramos hasta que se va el sol. Antes volvía caminando del centro, el paisaje era triste. Ahora encuentro corazones, frases de Spinetta o de Pablo Neruda ¿a quién no le va a gustar?"

Brenda (46), empleada judicial, miembro de Acción poética.

## DOS HIJOS Y DOSCIENTOS ARBOLES

“Suenan cursi, pero antes de que naciera Vito, mi hijo de 2 años, me daba lo mismo trabajar veinte horas seguidas o tirar la yerba encima del plástico. Su aparición me hizo pensar... Querer cambiar todo es idealista, así que empecé por mí, la casa y el barrio. IncurSIONÉ en la separación de residuos, la huerta y el compost. Con Selva, la segunda, hice un techo verde en mi terraza. La primera vez que creció algo sentí que la naturaleza me decía ‘bien pibe, seguí así’. Para pasar de la huerta a los árboles me anoté en un curso de la facultad de Agronomía. Un día, andando en bici descubrí que las veredas de la ciudad tenían un promedio de cuatro canteros vacíos por calle ¡y en mi terraza tenía doscientos futuros árboles! De ahí nació Un árbol para mi vereda. Cada vez que plantamos un ejemplar es una pequeña gran fiesta. Se acercan el abuelo, el río, hay música y abrazos. Despierta una conexión entre las personas y hace que te sientas parte de algo más grande. Con mi vecino, por ejemplo, estábamos en la matrix. Antes hablábamos de fútbol, y ahora de techo verde y de composta. Un árbol se convirtió casi en una actividad full-time. Sigo filmando, pero saco tiempo de donde no tengo porque es lo que me hace feliz. Nos la pasamos en la computadora respirando nuestro propio aire ¡hay que salir a inspirarse! No sé si voy a cambiar el mundo plantando arbolitos, pero yo por primera vez me siento conectado con la vida.”

*Lisandro (39), realizador audiovisual y cofundador de Un árbol para mi vereda.*



testimonios

## MADRES QUE CORREN CON LOS LOBOS

“Trabajé diez años como directora creativa en una agencia de publicidad. Me la pasaba corriendo y trabajando hasta tarde. Un día me convertí en mamá y le dije chau al brief. El embarazo fue un viaje... Quería cambiar, probar cosas nuevas. Empecé a estudiar psicología. Siempre lo digo: el día en que parí a mi hija, también me parí a mí. Aproveché mi experiencia para subir cosas a Internet sobre las madres y el parto. En Facebook se armaban debates y la gente los compartía. Al poco tiempo ya me estaba reuniendo con Valeria y Mariela, dos desconocidas con las que nos convertimos en amigas íntimas y fundamos Las Casildas. Bautizamos al grupo con ese nombre por Casilda Bustos, la autora que nos inspiró a promover el concepto de crianza en tribu. Queremos despegar la maternidad de lo doméstico porque creemos que criar es un acto social y político. Armamos un grupo que se reúne a sentar la cola en el piso y compartir experiencias, dudas y a jugar con los chicos. No hay líderes ni especialistas. Pensamos en las cosas de todos



los días. A veces se hacen las ocho de la noche y te das cuenta de que no compartiste nada con ellos. Y no es porque no quisiste, es porque no pudiste. La gente no mira como bichos raros ¡y pasa hasta con los maridos! El año pasado alquilamos una quinta en Maschwitz y nos fuimos las veinte con todos los hijos. La pasamos genial, pero seguro que los vecinos creyeron que éramos de una secta.” *Julieta (31), psicóloga social, cofundadora de Las Casildas.*